

RECONSIDERAR RUSIA

Velado por la neblina del fárrago apocalíptico suscitado por los ataques del 11 de septiembre, el cambio inmediato más significativo en la política mundial se ha visto en gran medida oscurecido. El bombardeo estadounidense de Afganistán ha reintroducido a Rusia en el orden geopolítico internacional. La ascensión al poder de Putin en las postrimerías de 1999 fue bien acogida desde un principio por las capitales occidentales; Blair se apresuró a abrazarlo en nombre de Clinton antes incluso de que se hubiera visto refrendado por el manipulado voto popular en la primavera de 2000, mientras que las relaciones entre Moscú y sus acreedores de Berlín y Washington se mantenían en un aparente equilibrio. Pero la operación que aseguró la victoria doméstica de Putin en las elecciones —el desencadenamiento de una segunda guerra criminal en Chechenia— seguía siendo motivo de embarazo en el extranjero. Si bien Clinton saludó alborozadamente la «liberación de Grozny», para las sensibilidades europeas —al menos en el continente— los asesinatos en masa y la tortura de chechenos constituían un espectáculo embarazoso. Alemania hizo cuanto pudo por disipar esos recelos, y su ministro de Asuntos Exteriores, el *arrepentido* Joschka Fischer, siguió las mejores tradiciones de la Wilhelmstrasse durante las masacres en Armenia. Pero la opinión pública —y hasta, ocasionalmente, el Parlamento Europeo— se seguían sintiendo incómodos.

La victoria republicana en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2000 auguraba dificultades adicionales. Mientras que Clinton y Gore habían mantenido muy buenas relaciones con Yeltsin y amparaban a su sucesor, el programa de Bush se mostraba crítico frente a la complicidad estadounidense con la cleptocracia rusa y evasivo con respecto a la necesidad de salvar la cara a Rusia, presionando sin consideración con la nueva versión de la «Guerra de las Galaxias» en la que Washington estaba embarcado. Entre el humanitario apretón de manos eurooccidental y la fría indiferencia de la *realpolitik* estadounidense, Rusia y su antiguo jerarca del KGB no eran más que un incómodo invitado en los banquetes del G7.

De la noche a la mañana, la destrucción del World Trade Center lo ha cambiado todo. Una vez que Estados Unidos señaló a Afganistán como

blanco de su venganza, Rusia se convertía en un aliado vital en la guerra contra el terrorismo. Si bien Moscú ya no gobierna directamente Asia central, ninguno de los hombres fuertes locales puede emprender acciones estratégicas sin su anuencia. La inmediata decisión de Putin de dar la bienvenida a los bombarderos B-52 en vuelo desde Missouri hasta Kabul sobrevolando el espacio aéreo ruso, de dar luz verde para que los regimientos de montaña estadounidenses fueran aerotransportados a Uzbekistán, y de poner sus bases en Tayikistán a disposición del esfuerzo bélico estadounidense, significaban una auténtica revolución diplomática. Moscú, que se mantuvo pasivo durante la Guerra del Golfo y cómplice renuente en la de los Balcanes, no se había unido sin embargo a Washington en una alianza militar desde la Segunda Guerra Mundial. La recompensa por el acatamiento pleno de los designios occidentales ha sido inmediata. Tres mil muertos estadounidenses, poco más o menos, han equilibrado la balanza frente a los treinta o cuarenta mil muertos chechenos, una bagatela en definitiva en la defensa de la civilización, que exige una lucha común contra el terrorismo, ya sea en Manhattan o en Grozny. La mano de bin Laden, afirman ahora los dirigentes estadounidenses, ha estado fomentando desórdenes en todo el norte del Cáucaso. En el extranjero, Putin ha vivido una apoteosis en el Bundestag, con un discurso en alemán cuyo mudo mensaje conmovedor —*Ich auch bin ein Dresdner*— se ganó aún más corazones que el de Kennedy. En su país se ha convertido en el primer gobernante desde Nicolás II en 1914 en reconciliar en un abrazo patriótico a eslavófilos y occidentalistas, ya que la supresión del bandidaje en Chechenia, vital para los primeros, se ha vuelto indistinguible de la solidaridad con la democracia tan apreciada por los segundos. Los coroneles chauvinistas y los intelectuales liberales, en tiempos del último de los Romanov campeones del paneslavismo y entusiastas de la Entente, pueden ahora admirar juntos al nuevo hombre de Estado ruso.

Esos ecos nos recuerdan la necesidad de atender a la historia al considerar el lugar que ocupa Rusia hoy día en el orden mundial global. Para hacerse una idea del abanico de posibilidades que se abre ahora ante ella es esencial tener en cuenta las limitaciones que el sistema-mundo impone al espacio de las decisiones políticas, tanto en ese país como en cualquier otro. Pero esas restricciones sólo aparecen con sus perfiles más nítidos frente al trasfondo de un pasado milenario que ha configurado el Estado y la sociedad rusos durante una *longue durée* excepcionalmente prolongada, desde la época de los vikingos hasta Breznev. El rasgo más característico de esa amplia trayectoria histórica ha sido el predominio de las actividades de construcción del Estado por encima de la acumulación capitalista, no como opción estratégica sino como adaptación organizativa al entorno geopolítico. Lo que en otros lugares era una de las principales funciones capitalistas, la creación continua de bases productivas con los consiguientes controles de la mano de obra y redes de distribución, en el caso ruso le ha tocado tradicionalmente a los gobernantes estatales. La razón subyacente era siempre la misma: los orígenes de las preocupaciones económicas de Rusia estaban enraizadas en la compe-

tencia geopolítica con un Occidente cada vez más capitalista. Rusia acostumbraba a quedarse retrasada y a encontrarse absolutamente necesitada de ponerse al día.

Esa situación no era en absoluto excepcional. Todos los grandes imperios agrarios de los tiempos modernos –otomano, persa, chino, japonés o español– se enfrentaban a desafíos y restricciones semejantes. En cada uno de estos casos, la similitud de la posición del Estado originaba escisiones paralelas entre las reacciones culturales nacionalista y occidentalizante y las consiguientes luchas políticas; períodos de *impasse* y estancamiento; y brotes alternativos de reforma y revolución. En el contexto de esa tipología general, las ventajas clave del Estado ruso se hallaban en su combinación de una relativa proximidad cultural y geográfica a Europa, junto a un área territorial enorme e ingentes recursos naturales. Históricamente inició mucho antes que cualquiera de sus competidores la vía de la emulación de Occidente, y durante largos períodos demostró una gran eficacia en ella. La paridad estratégica con Occidente se alcanzó en tres ocasiones: durante el reinado de Iván IV –el Terrible– en el siglo xvi; bajo Pedro I y Catalina II –ambos «Grandes»– en el siglo xviii; y bajo Stalin y Jruschov en el siglo xx. Esos tres éxitos históricos conllevaron el coste de un terror y coerción horrendos, en la medida en que el rápido crecimiento de la población permitía a los gobernantes rusos considerar la dilapidación de millones de vidas como *faux frais* de las tareas de construcción del Estado, meras «estadísticas» demográficas según la frase atribuida a Stalin. Pero las tres fueron también reacciones frente a las amenazas externas, en absoluto irrealistas. Rusia no contaba apenas con defensas naturales, y entre ella y sus potenciales depredadores sólo se interponían su extensión y su clima.

Del asentamiento vikingo al imperio de la pólvora

La historia comienza en efecto hace un milenio, cuando hordas de piratas y saqueadores recorrían las extensas regiones del norte de Eurasia: los nómadas vikingos desde sus barcos y los pueblos de Asia central a caballo. En algún momento del siglo x esas bandas establecieron barreras monopolistas más duraderas en las principales vías fluviales que unían a las periferias tribales del norte de Europa con los centros de las antiguas civilizaciones del Mediterráneo y el Creciente Fértil. Ése fue el patrón general de la formación temprana del Estado en el norte de Eurasia, desde el Báltico al Volga, con la entidad mixta escandinavo-eslava de la Rus de Kiev en medio, en las riberas del Dnieper. La geografía de las principales cuencas fluviales determinó entonces qué modelos religiosos y políticos importaban esas periferias bárbaras de las civilizaciones del centro. La cristiandad latina se extendió por las costas occidentales de Europa; los jefes nómadas turco-tártaros de la cuenca del Volga y el Caspio adoptaron el islam del califato de Bagdad; y la ortodoxia imperial bizantina viajó a través del mar Negro, Dnieper arriba, hasta las tierras de la Rus de Kiev.

Los conquistas mongolas de principios del siglo XIII alteraron esa configuración geopolítica. Una nueva oleada de caballería nómada procedente de los alrededores del Gobi devastó la civilización ya declinante de Asia central y el Oriente Próximo, cuyas ruinas quedaron absorbidas en las estructuras tributarias puramente parasitarias de los sucesores de Genghis Khan. Un siglo después surgió Moscú como cautivo remoto y sucesor del imperio mongol cuando éste declinó a su vez. Con una combinación de suerte, astucia y crueldad, típica de todos los Estados triunfantes en ese período brutal, los príncipes de Moscovia primero obtuvieron de sus señores nómadas el poder para retener una parte mayor de los tributos recaudados, y luego procedieron poco a poco a ampliar su base tributaria a expensas de otras unidades similares en competencia. Hacia finales del siglo XV, las inciertas guerras feudales dieron paso a la destrucción directa por Moscú de sus rivales: el principado de Tver, las repúblicas urbanas de Novgorod y Pskov, y sobre todo los mucho más peligrosos khanatos tártaros de Kazán y Astrakán. En el transcurso de esas luchas, el viejo patrón de las incursiones ocasionales a cargo de comitivas señoriales se fue transformando en guerra sistemática y ocupación por ejércitos permanentes. Triunfaban quienes centralizaban más rápidamente, conquistaban más tierras y súbditos, extraían más recursos y adquirían así antes las nuevas armas, mosquetes y cañones.

Fue en este período cuando se describió por primera vez como un abismo cultural la diferencia existente entre el diseño institucional del Estado ruso emergente y las tempranas monarquías de Europa occidental. Considérese la colorida declaración de un observador inglés del siglo XVI: «Los salvajes irlandeses son tan civilizados como los rusos. Es difícil decir cuál de los dos pueblos es mejor, dada la rudeza y ceguera de ambos»¹. Rusia era, evidentemente, mucho mayor que Irlanda, y afortunadamente para ella se hallaba mucho más alejada de Inglaterra. Pero también poseía una ventaja mucho más decisiva en el elástico modelo imperial que desempeñó un papel crucial en la primera revolución desde arriba conocida en la historia de Rusia, la transición a mediados del siglo XVI de una laxa confederación feudal a una autocracia centralizada, apoyada en el nuevo ejército permanente de la caballería *dvoriane* [noble] y la infantería de los mosqueteros *streltsy* [tiradores]. Rusia emergió así en las primeras filas de los tempranos imperios de la pólvora, con una organización similar a la de su no reconocido hermanastro heredero del imperio bizantino, la Turquía otomana². Un perdurable malentendido ha considerado el infame reinado de terror de los años finales de Iván el Terrible como un instrumento necesario de construcción del Estado, supuestamente arraigado en la tradición rusa. La época abundó en tiranos absolutistas:

¹ Charles TILLY, *European Revolutions 1492-1992*, Oxford, 1993, p. 190 [ed. cast.: *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 236].

² Los otomanos, principal pesadilla de Occidente en ese período, instituyeron varias generaciones antes que Rusia la caballería *cípaya* y el cuerpo de tiradores *jenizaros* (del turco *yeni cheri*: nueva infantería).

el sultán otomano Solimán I el Severo, el dictador Hideyoshi en Japón, el rey inglés Enrique VIII, o el español Felipe II. Sin embargo, las represalias caóticas de la *oprichnina* de Iván desafían los intentos de descubrir en ellas cualquier lógica acumulativa de lucha de clases o de cálculo administrativo. La primitiva autocracia rusa se formó antes del terror, combatiendo contra el poder tártaro en el Este. Fue ese nuevo aparato de Estado el que permitió que la locura de Iván se ejerciera sin freno alguno, dañando duraderamente la cohesión del poder naciente al saquear o destruir la vieja aristocracia boyarda. A finales del reinado de Iván los suecos le habían cortado el acceso al Báltico; al cabo de unas pocas décadas, ejércitos invasores procedentes del oeste –primero los polacos, luego los suecos– ocuparon el propio Moscú.

El absolutismo y sus descontentos

A mediados del siglo xvii estaba ya claro que si Rusia quería competir en la lucha por el poder en Europa sus ejércitos permanentes tenían que complementarse con una armada, y que ambos precisarían una gestión racional a cargo de un cuerpo permanente de funcionarios militares y administrativos. Sin embargo, no fue hasta comienzos del xviii cuando Pedro el Grande elevó su imperio a los niveles contemporáneos de militarismo dictados por Occidente, permitiendo así a Rusia alcanzar una espléndida paridad con los depredadores más avanzados de la Europa continental. La clave para esa modernización del Estado zarista consistió menos en la importación de la organización o la tecnología occidental que en la expansión masiva de una nobleza dependiente del Estado, que se decuplicó y que fue inducida por la fuerza a nuevas carreras y formas de vida. Las reformas de Pedro crearon un robusto vector social para su edificio absolutista, pero también, en palabras de Georgi Fedotov, escindieron Rusia entre una estrecha nación de señores occidentalizados, separada del pueblo [*narod*] tradicionalista moscovita compuesto por el resto de capas no aristocráticas³. Ese profundo foso iba a mantenerse hasta el siglo xx, cuando fue finalmente colmado por las calamitosas homogeneizaciones sociales de la guerra civil y el gran salto hacia adelante de Stalin.

El reinado de Pedro el Grande puso freno al expansionismo sueco y convirtió a Rusia en una potencia en el Báltico, pero también obligó a la monarquía a sostener los altos niveles de consumo socialmente prescrito a su occidentalizada nobleza de corte. Fue Catalina la Grande la que terminó con eso, conquistando tierras enormemente fértiles en el sur, donde los ejércitos rusos liquidaron por fin a la última horda nómada, el khanato de Crimea, y poniendo fin al Estado polaco y su desorganización interna. Los munificentes regalos a la nobleza de tierras y de los campesinos ligados a ellas ofrecieron nuevo esplendor y cohesión al absolutismo ruso.

³ Georgi FEDOTOV, *Tiazbba o Rossii*, París, 1982.

Catalina y sus ilustrados cortesanos hicieron grandes esfuerzos por elevar la productividad y eficiencia de la agricultura feudal. Se trató de una política explícitamente aristocrática, no constreñida por ningún tipo de preocupaciones burguesas, tendente a abastecer los mercados domésticos y ofrecer salidas exportadoras a las cosechas de cultivos comerciales generadas en los latifundios de los nobles, junto a una expansión de la servidumbre que se iba pareciendo cada vez más a la esclavitud de plantación. El Estado ruso se había convertido en un importante protagonista en Europa, y su influencia era mucho más espectacular confrontada con la decadencia del imperio otomano y su fracaso en el intento de modernización emprendido en ese mismo período. El despotismo ilustrado de Catalina fue el más exitoso de su tiempo.

Pero del mismo modo que el legado de Iván IV no pudo igualar a la potencia sueca en la siguiente generación, el imperio de Catalina alcanzó su apogeo justo en la época en que las Revoluciones Industrial y Francesa se abrían camino en Occidente. El absolutismo ruso fue capaz de defenderse —por los pelos— del asalto napoleónico, pero el impacto económico de Manchester y lo que le siguió era harina de otro costal. Aunque sus tropas habían entrado en París, la base del poder internacional estaba cambiando. Por grande que fuera su tamaño, la adquisición de nuevas tierras seguida por su rápida colonización agrícola bajo moldes feudales no era suficiente para sostener a las elites rusas frente a un Occidente en rápida industrialización. Como cabía prever, conforme avanzaba el siglo XIX Rusia comenzó a experimentar los problemas típicos de las economías plantadoras periféricas: importaciones masivas de artículos de lujo, balanza comercial cada vez más desfavorable, pertinaz ineficiencia económica y tecnológica, restricciones al empresariado local, y un campesinado desmoralizado y sumido en la miseria. La reacción política contra esa situación vino en primera instancia de jóvenes aristócratas inspirados vagamente en las ideas revolucionarias francesas. La sublevación de los decembristas en 1825 se asemejó mucho a las conspiraciones liberales de la misma época en el sur de Europa, germinando en clubes de debate y gabinetes de oficiales. Los aristócratas rebeldes pretendían utilizar el poder del Estado para legislar normas más progresistas al estilo de Occidente, pero el zarismo, a diferencia de la monarquía hispana, había salido victorioso de las guerras napoleónicas y sofocó el levantamiento sin muchas dificultades. Rusia seguía siendo una gran potencia lo bastante fuerte para derrotar a polacos, persas o turcos, y capaz todavía de expandirse hacia el este, a las regiones atrasadas de Asia.

Retraso industrial

Frente a Occidente, no obstante, había vuelto a caer en un atraso inmisericorde. En la década de 1850 la humillación de la guerra de Crimea dejó claro que el modelo absolutista de Pedro el Grande había quedado obsoleto en la era del imperialismo industrial anglofrancés. Rusia afron-

taba de nuevo la necesidad de «ponerse a la altura»⁴. Pero esta vez tendría que revisar no sólo el aparato estatal o la elite gobernante sino el conjunto de la economía y la sociedad. La inercia de la burocracia imperial y el egoísmo de la nobleza atrincherada en sus privilegios frustraron todos los intentos de propiciar desde arriba una modernización sostenida. A finales de la década de 1850 y durante la de 1860 comenzó a emerger y a prosperar una burguesía independiente, pero su ascenso se vio interrumpido por la depresión económica mundial de 1873-1896 –tasas de beneficio erráticas, grandes expansiones seguidas por enormes quiebras– ante la que los empresarios, que en otros lugares se protegían asociándose en cárteles o trusts, buscaron seguridad en el patronazgo burocrático⁵. Entre las clases educadas, eso dejaba sola a la *intelligentsia* como candidata activa para una reconstrucción del país. Surgida de las reformas de la década de 1860, se trataba de una capa de especialistas formados profesionalmente, muy conscientes de su misión patriótica de dirigir el último intento de modernización de Rusia, que se convirtió en la principal fuente de fermento político en los últimos tiempos del zarismo.

La *intelligentsia* rusa de ese período se encontró estructuralmente atrapada entre la ausencia de oportunidades para ejercer ningún tipo de responsabilidades políticas (ya que la autocracia seguía siendo demasiado fuerte), y la escasez de salidas hacia una vida profesional confortable como la que disfrutaban sus pares de Occidente (los mercados capitalistas locales seguían siendo demasiado estrechos para absorber una cantidad tan grande de abogados, médicos y técnicos especialistas)⁶. Esta doble limitación canalizó las energías y frustraciones de los intelectuales rusos hacia fines artísticos y filosóficos, agrios debates sobre reforma o revolución y actos quijotescos de desesperación heroica, mientras que la autocracia, paralizada por las presiones de distinto signo que se ejercían sobre ella, se resignaba a una morosa inacción o cuando más emprendía reformas muy parciales. Hasta la tercera generación, a comienzos del siglo xx, no se le presentó a la *intelligentsia* rusa una oportunidad para salir de su gueto. Una vez más, el catalizador del cambio fue el desplome de Rusia en la jerarquía de las potencias internacionales. La derrota en el Lejano Oriente a manos de Japón, un país cuya modernización dirigida por el Estado –también a partir de la década de 1860– había logrado triunfar allí

⁴ Como consecuencia de esa misma guerra, el pariente más próximo del Estado ruso, la Turquía otomana, emprendió su propia occidentalización en la década de 1860.

⁵ Considérese la pregunta que alguien hace en una pieza teatral clásica de Ostrovsky: «Excelencia, ¿cómo puede usted imaginar un consorcio ferroviario sin que haya al menos un general en el Consejo de Administración?». También en el Estado otomano las osadas reformas de la era *Tanzimat* fueron seguidas por casi cuatro décadas de reacción, conocidas como *zulum* o «era de opresión».

⁶ Para una discusión más detallada de las relaciones entre *intelligentsia*, ilustración y revolución, véase mi «The Capitalist World-System and Socialism», en Alexander Motyl (ed.) *The Encyclopaedia of Nationalism*, vol. 1, Nueva York, 2001.

donde Rusia había fracasado, desencadenó la revolución de 1905-1907. La derrota en Occidente a manos de Alemania, en una Guerra Mundial que desbarató a los ejércitos imperiales, detonó las Revoluciones de Febrero y Octubre de 1917. En ambas ocasiones, los únicos contendientes serios por el poder fueron diferentes partidos de la *intelligentsia*. Salió triunfante el más radical y disciplinado de todos ellos, el único capaz de poner freno a la rebelión campesina y de reconstruir el Estado, repeliendo las invasiones extranjeras e incorporando las insurrecciones nacionales con el fin de reconquistar la mayor parte del territorio imperial⁷.

Ascenso y caída de la superpotencia soviética

En el momento álgido de su inesperada victoria, los bolcheviques se dieron cuenta de que se habían precipitado en su confianza en una revolución en el Oeste desarrollado, y de que Marx no había legado en sus escritos ninguna receta para hacer funcionar el socialismo, y menos en un país predominantemente agrario como Rusia. En el subsiguiente desconcierto, el liderazgo quedó en manos del menos educado de los líderes bolcheviques. Stalin utilizó la retórica y la visión escatológica de Marx, pero en cuestiones asuntos prácticos de construcción del Estado se atuvo a sus propias intuiciones brutales y al ejemplo de otros alemanes, en concreto Ludendorff y Rathenau, arquitectos de la economía de guerra guillermina. La «revolución desde arriba» estalinista de 1929-1934, colectivizando la agricultura y lanzando el primer Plan Quinquenal, combinó una versión extrema de mercantilismo militar con las instituciones dictatoriales forjadas en la guerra civil. Los cuadros del partido, descorazonados durante el interludio de la NEP y la lucha fraccional, se sintieron de repente inspirados y dispuestos a llevar a cabo otra lucha épica, dirigida esta vez contra las masas rurales y las nacionalidades cuyos intereses supuestamente defendían los bolcheviques, entre otros. También la *intelligentsia* –gran parte de la cual se había exiliado o visto represaliada a raíz de la Revolución de Octubre– se hallaba ahora absolutamente rota, cuando los líderes del partido en torno a Stalin ajustaron a la baja el reclutamiento de gente con formación y mentalidad más toscas. Creyéndose una vanguardia autorizada a suprimir a «los elementos retrógrados» ciegos al sentido de la historia, esos cuadros terroristas iban a su vez a perecer en su mayoría en la subsiguiente Gran Purga, cuando fueron reemplazados por los obedientes burócratas de la promoción de 1938, que más

⁷ Turquía ofrece de nuevo un paralelismo útil. Tras la derrota del Imperio Otomano en 1918, un grupo de la *intelligentsia* militar consiguió repudiar el pasado imperial casi en su integridad y movilizar al campesinado para la defensa patriótica, con un trasfondo de guerra civil. El nuevo Estado turco adoptó el mismo modelo alemán de mercantilismo geopolítico combinado con una ideología republicana y nacionalista. Los militares turcos, sin embargo, a diferencia de la *intelligentsia* civil rusa, se inspiraban ideológicamente en las tradiciones jacobinas francesas y leían a Durkheim más que a Marx.

tarde se convirtieron en los rostros indistinguibles del Politburó de la era brezneviana.

La esforzada industrialización general de la década de 1930, acicateada por el temor al cerco capitalista, transformó el aspecto de la sociedad soviética. La amplitud de la movilidad social y del cambio cultural experimentados por quienes crecieron y sobrevivieron a la modernización estalinista carecía de precedentes. Millones de campesinos analfabetos, rusos y no rusos, nacieron a una segunda vida como obreros industriales o empleados administrativos con cierta educación, por rudimentaria que fuera, y fueron transplantados a un ambiente urbano. La rapidez de esta transición creó en sus generaciones más jóvenes un sentimiento de genuino optimismo y lealtad hacia todo lo soviético, junto con la ardiente disposición a participar en una grandiosa construcción civil y militar. La homogeneización social resultante se solía considerar como demostración de las predicciones marxistas-leninistas referidas a la consecución de una auténtica sociedad comunista, sin divisiones de clase o bloqueos provocados por conflictos de nacionalidad. El resultado fue un Estado dictatorial volcado en la dirección de movilizaciones heroicas para alcanzar objetivos estratégicos, sin importar sus costes humanos o materiales, que quedó además revalidado en la Segunda Guerra Mundial frente al esperado asalto del Occidente capitalista. A diferencia de su predecesor zarista, el régimen estalinista pasó la prueba del ataque alemán con muy buena nota. La industria soviética superó a los nazis en tanques y aeroplanos, el Ejército Rojo aplastó a la *Wehrmacht*, y Moscú se hizo con el control de Europa oriental. Veinte años después, la URSS se equiparaba a Estados Unidos en armas atómicas y misiles. En el transcurso de una generación, un imperio agrario decrepito se había transformado en una superpotencia nuclear.

Para un país «de desarrollo tardío» como Rusia, se trataba de una proeza apenas creíble. Para muchos parecía compensar el enorme sacrificio en vidas que había requerido, suscitando una oleada de intentos locales de emularlo entre las elites de la *intelligentsia* de otros Estados débiles de la periferia. Durante un tiempo se tuvo la impresión de que el modelo soviético se estaba convirtiendo en una alternativa históricamente en ascenso frente a la hegemonía del Occidente capitalista. El cenit de ese prestigio se alcanzó durante el gobierno de Jruschov, cuando la recuperación de posguerra y la desmilitarización parcial de la economía soviética propiciaron elevadas tasas de crecimiento económico y una participación significativamente mayor de la inversión civil. El lanzamiento del *Sputnik* —originalmente un programa puramente militar de vuelos orbitales— simbolizó durante un tiempo el triunfante progreso científico en la URSS; en cuanto a la política propiamente dicha, la subordinación de la policía secreta a la autoridad del partido y los nuevos debates en la cúspide de éste acerca de la dirección futura del experimento soviético condujeron al llamado «deshielo», durante el cual comenzaron a expresarse todo tipo de aspiraciones culturales y sociales reprimidas hasta entonces.

El aparato del partido se sintió inmediatamente –y con razón– amenazado por el entusiasmo juvenil de la generación de los sesenta. Esos *sbestidesiatniki* eran en general demasiado jóvenes para haber sufrido el terror estalinista, pero recordaban el heroísmo de la guerra y el júbilo de 1945 y habían llegado a la adolescencia en la situación expansiva y optimista del final de la década de 1950. Sus esperanzadas expectativas y proyectos románticos eran del todo socialistas, o al menos políticamente inocuos: la canción emblemática del período auguraba el florecimiento de manzanos en Marte. Pero su perspectiva era objetivamente subversiva frente a la realidad estólida e hipócrita de la burocracia paternalista que encarnaba el poder. La *nomenklatura* hizo uso de todo su poder para erradicar el naciente movimiento juvenil, y en 1964 envió al retiro a Jruschov, juzgándolo demasiado imprevisible para los tiempos que corrían. Aligerada de la algarabía que había acompañado a éste, el aparato burocrático pudo asentarse en una confortable rutina, protegido por una serie de fortificaciones formales e informales frente a cualquier cambio significativo. Ya no disponía de ideología u objetivos heroicos que ofrecer, de modo que a falta de otra cosa optó por promover los valores domesticadores y filisteos del consumismo y la comodidad personal. Un alejamiento tan patente de la ideología marxista-leninista tenía que negarse ritualmente en las palabras, mientras se iba poniendo en práctica sistemáticamente en los hechos. El resultado fue, como cabía esperar, la generalización de un ambiente de cinismo.

Del deshielo al colapso

Desde 1945 el Estado soviético –diseñado para campañas bélicas y producción en masa del armamento de la era industrial– había entrado en un largo período de paz, en el que se vio confrontado a tareas que le resultaban muy ajenas: en concreto, la producción y distribución, flexibles y eficientes en costes, de bienes de consumo y servicios. Sus fracasos en ese terreno son célebres, pero quizá se han exagerado un tanto. El salto adelante en el consumo de las masas soviéticas entre 1945 y 1975 fue sin discusión histórico, si bien se partía de un nivel extraordinariamente bajo. ¿Por qué se desplomaron tan pronto sus expectativas de crecimiento? La respuesta está en la rápida transformación del campesinado en asalariados urbanos empleados por el vasto aparato monopolista del Estado soviético. Al quebrantar las economías campesinas, en gran medida autosuficientes, volcando sus desagregados miembros en los rígidos moldes de la industria, la burocracia y el ejército soviéticos, el Estado asumió la responsabilidad de todos los aspectos de la reproducción social y física de sus empleados: desde la salud, la educación y el bienestar hasta la alimentación, la ropa, los deportes y el ocio. Pero no bastaba suministrar simplemente sus rudimentos; la competencia de la Guerra Fría obligaba a que el Partido tuviera que superar los poderosos –y conscientemente propagandísticos– efectos demostrativos de los patrones de consumo occidentales. Los intentos de bloquear el flujo de información cultural

acerca de éstos fueron en vano, no sólo debido a los modernos sistemas de comunicación, sino también a que la propia elite dominante (y más aún sus vástagos) resultaban fácilmente seducidos por el modo de vida capitalista. El poder, después de todo, lleva consigo la tentación de gozar de sus frutos materiales.

El deshielo político de mediados de la década de 1950 se vio impulsado ante todo por el deseo colectivo de la burocracia gobernante de liberarse de la intolerable presión y precariedad del régimen terrorista de Stalin. Pero una vez que el déspota hubo desaparecido y que disminuyó el miedo que inspiraba, el sistema administrativo perdió su principal incentivo negativo –el control punitivo central sobre los cuadros burocráticos– que había sido también un instrumento decisivo para llevar adelante innovaciones técnicas y políticas. Al mismo tiempo, la concentración de asalariados urbanos educados creaba un potencial para la reivindicación colectiva (como atestigua la huelga de Novocherkassk en 1962, o la agitación de la nueva *intelligentsia* soviética, desde la moda de las canciones de Vyosotsky hasta los magros pero vociferantes círculos de disidentes). Cuando se reprime la acción colectiva abierta, los obreros industriales todavía disponen de multitud de «armas de los débiles», desde el remoloneo hasta el robo directo o la redistribución no oficial de bienes y servicios. Quienes creen que los artículos de mala calidad constituían una plaga exclusivamente soviética deberían considerar la calidad de los automóviles estadounidenses actuales. Pero el Estado soviético excluía la disciplina y la rendición de cuentas inducidas por la competencia en el mercado: su organización general de la producción era particularmente despilfarradora, inerte y ciega.

En la década de 1970 todavía se podía sostener un pacto conservador y paternalista con los consumidores soviéticos, en tanto la estabilidad soviética parecía ofrecer un reconfortante contraste con los disturbios que por aquel entonces tenían lugar en Estados Unidos. El diluvio de petrodólares a partir de 1973 subvencionó los presupuestos del orden breznevita, que incluían la carísima fabricación de los novedosos armamentos que correspondían a una superpotencia, la exploración del espacio y los regímenes clientes en el extranjero. Pero ya a finales de la década de 1960 el fracaso soviético en la carrera por poner un hombre en la Luna y el foso que se iba ampliando en el desarrollo de la electrónica avanzada apuntaban a dificultades en ciernes en las áreas más sensibles de la competencia simbólica entre las superpotencias. Los gobernantes soviéticos no recurrieron a campañas de movilización para poner el país al día. El aparato burocrático estaba ya tan atrincherado que cualquier intento de galvanizar la sociedad quedaba fuera de su alcance. Hacia 1980, el crecimiento económico y la movilidad social casi se habían desvanecido. El consiguiente desencanto, la hipocresía generalizada y el individualismo oportunista tuvieron un efecto inmensamente dañino sobre la ciudadanía soviética: aunque en gran medida imprevisto e inapreciable para los indicadores sociales más corrientes, el declive en la ética laboral y en la mora-

lidad cívica de la era de Breznev iba a convertirse en un importante antecedente estructural del marasmo poscomunista.

El final sobrevino inesperadamente. Atenazada por las contradicciones de su existencia corporativa, la *nomenklatura* soviética había jugueteado intermitentemente desde tiempos de Jruschov con varios sustitutos de la disciplina del mercado y la rendición de cuentas democrática, sin decidirse nunca a dar el salto a un diseño organizativo distinto. Los sucesivos intentos perezosos de reforma se hicieron por fin realidad con la *perestroika* de Gorbachov, que en su primera fase cuestionó los controles centralistas sobre todas las áreas de la vida soviética, para fracasar luego estrepitosamente en el intento de pasar a una segunda fase de creación de mecanismos de competencia, ya fuera en la economía o en la política. La iniciativa de Gorbachov, frustrada en la propia URSS, recibió el golpe de muerte en el extranjero. Fantaseando con el prestigio que quería labrarse en Occidente, cedió Europa del Este sin recibir apenas una propina a cambio, y se vio de repente apartado sin ceremonias, tanto por los amigos como por los enemigos internos. Aunque hubiera contado con un líder más capaz, la *perestroika* llegaba demasiado tarde, rodeada de presiones estratégicas crecientes, una decadencia económica profunda, la esclerosis administrativa y la desmoralización social. Pero no hay por qué ridiculizar a los envejecidos, amargados y aun así obstinadamente románticos *shestidesiatniki* que por fin habían tenido una oportunidad con Gorbachov; no tenían ninguna posibilidad de salvar a la Unión Soviética, cuya defunción estaba escrita desde la debacle de sus satélites en 1989, pero ayudaron a evitar una implosión catastrófica, ya que, sin ellos (y por supuesto el descrédito de los militares por la derrota en Afganistán), los últimos gobernantes de la URSS bien podrían haber sido del tipo de los chauvinistas reaccionarios que proliferaron durante la última década en Yugoslavia.

Grandes transformaciones

El colapso de la URSS marcó algo más que el fracaso del experimento bolchevique; señaló el fin de un milenio de historia rusa, durante el cual el Estado había constituido el motor principal del desarrollo social. Desde comienzos de la modernidad en adelante, la tendencia general en las zonas periféricas fue la del reforzamiento del Estado, conforme iban llegando de Occidente desafíos cada vez más insolentes. Las elites rusas fueron capaces de hacer frente por tres veces a esos desafíos, construyendo aparatos de Estado capaces de derrotar a las presiones externas sobre el país más amenazadoras. En cada ocasión, tan pronto como se había obtenido el triunfo, con elevados costes, los términos de la lucha competitiva cambiaban y hacían obsoleta esa victoria. Los éxitos de Iván IV fueron desmantelados por el primer ejército de concriptos de Europa, con el que se forjó la expansión sueca. El esplendor de Alejandro I quedó superado por la revolución industrial que se extendió desde Inglaterra hacia

el continente; y el imperio de Stalin perdió la carrera frente a la implantación de un modelo posfordista en Occidente.

Esta vez, sin embargo, algo más profundo había cambiado. En cuanto a su estructura, el capitalismo es cosmopolita por naturaleza; pero históricamente la gente de dinero siempre ha dependido de la gente de armas para su ayuda y protección, a fin de crear condiciones infraestructurales para sus intercambios que ningún capitalista individual puede proporcionar. Fue así en la Era de los Descubrimientos, cuando los banqueros genoveses subvencionaron y abrieron la vía para la expansión marítima de las monarquías católicas ibéricas. También fue así durante la *Pax Britannica* del siglo XIX, cuando el acceso de los inversores a los lugares más exóticos del planeta tuvo que asegurarse mediante los ejércitos y administraciones coloniales. Los Estados imperiales, con sus cañones Gatling, fueron necesarios para «pacificar» a los gobernantes locales, jefes tribales, señores de la guerra o bandidos; para cobrar impuestos, supervisar y entrenar a los nativos; para explorar la geología local, evaluar sus recursos naturales, identificar las enfermedades tropicales, construir puertos y tender líneas férreas y cables telegráficos alrededor de todo el globo.

Luego vinieron las guerras mundiales del siglo XX y sus consecuencias. La implosión de Europa en 1914 se extendió a las periferias imperiales al hilo de fuertes sacudidas de revueltas, descolonizaciones, revoluciones y contrarrevoluciones. El casi suicidio mutuo de las grandes potencias coloniales, pese a toda su racionalidad burocrática e institucionalización liberal, abrió un nuevo ciclo de desarrollo nacional dirigido por el Estado. La Revolución Rusa de 1917 estableció el patrón contrahegemónico para poner en cuestión el orden capitalista mundial mediante la creación o reconstrucción revolucionaria de Estados periféricos bajo el liderazgo de las *intelligentsias* locales. La resaca duró hasta mediados de la década de 1970, cuando Estados Unidos tuvo que pagar el precio de su dislate al intentar reemplazar el poder colonial de Francia en Indochina, y las últimas grandes colonias, las posesiones portuguesas en África, alcanzaron la independencia política tras largas guerras de guerrillas. El régimen breznevita en la URSS, con su apoyo material a esos levantamientos antiimperialistas, se veía a sí mismo como vanguardia del progreso histórico. De hecho se trataba, en cambio, de los últimos episodios de una época que iba quedando atrás. Ya se estaba fraguando una «gran transformación» con todo el sentido que daba a esas palabras Polanyi.

Ese nuevo capítulo en la historia del mundo comenzó con una grave crisis de la superpotencia estadounidense, cuando la URSS aún seguía prosperando. En 1968 Estados Unidos sufrió una seria humillación militar en Vietnam, acompañada de una oleada masiva de protestas domésticas, tanto contra la guerra como contra la situación de la población negra. Los descaminados intentos de la Administración Nixon de apuntalar su poder y la economía estadounidense tuvieron un espectacular efecto contraproducente en 1973-1975. Además de la aceleración de la inflación, la crisis

del petróleo y el colapso del sistema de Bretton Woods, Washington tuvo que renunciar a los mecanismos de regulación económica y social que se remontaban a la Gran Depresión y a la Segunda Guerra Mundial. Del caos de ese período emergió finalmente el régimen global de mercados liberalizados que conocemos hoy. Debatándose por superar la crisis de comienzos de la década de 1970, Estados Unidos utilizó su posición hegemónica para poner en orden los recursos de sus numerosos aliados y clientes en un sistema que iba a invalidar el modelo de crecimiento económico nacionalmente limitado y de organización industrial fordista que hasta entonces había prevalecido en todo el mundo atlántico. En dos décadas de experimentación con nuevos tipos de políticas gubernamentales y empresariales, y de búsqueda de nuevas tecnologías y nichos de producción, se constituyó el nuevo régimen económico-político que distintas escuelas de analistas han apodado posfordismo, acumulación flexible o globalización. El nuevo orden mundial tenía poco que ver en realidad con las proclamaciones de moda de que la regulación burocrática se había sustituido por milagrosas empresas estrella y mercados autocompensados. De hecho, el impulso liderado por Estados Unidos para derribar las barreras económicas impuestas por los gobiernos nacionales puso los mecanismos de control en manos de burocracias privadas e internacionales mucho menos abiertas a presiones políticas públicas, mientras que las interacciones en el interior de la elite evolucionaban (o volvían) a un sistema de redes menos formales, siguiendo las líneas de Davos. A mediados de la década de 1980 ya estaban claras las líneas maestras del sistema globalizado emergente. El ciclo de desarrollo nacional había sacudido repetidamente el marco del mercado mundial capitalista; pero al fin y al cabo éste se demostró bastante elástico, y contrariamente a las previsiones de Schumpeter se benefició de hecho de las repercusiones de revoluciones y descolonizaciones.

La espiral descendente rusa

El desmantelamiento de las rigideces y limitaciones del período posterior a 1945 se sintió en Estados Unidos como una crisis de régimen, en una época en la que el país todavía era rico e institucionalmente vigoroso. Dos décadas después, su mucho más pobre y débil rival soviético iba a sucumbir frente a una sucesión de presiones muy similar, con consecuencias mucho más devastadoras. Primero se produjo la conmoción provocada por el humillante estancamiento al que se llegó en una guerra librada contra guerrilleros del Tercer Mundo –en ese sentido, Afganistán era notoriamente similar a Vietnam– que provocó un aumento de los gastos militares, seguida por la pérdida de confianza colectiva y el surgimiento de proyectos enfrentados en la elite dominante. Éstos a su vez desencadenaron una oleada de protestas nacionales y democráticas (iniciadas en Polonia en 1980), al irse hundiendo el país en una crisis económica traumática tras varias décadas de prosperidad que los gobernantes se habían esforzado por perpetuar. Se puso así en movimiento un

círculo vicioso: menor legitimación, menor capacidad institucional para gobernar, menos recursos. Estados Unidos podía todavía disponer de la lealtad y reservas de sus aliados eurooccidentales y asiáticos; la URSS se enfrentaba exactamente a la situación opuesta en Europa del Este y en las extensiones del bloque soviético en el Tercer Mundo. El modelo estalinista de producción en masa militar-industrial (inspirada en la década de 1920 por el propio fordismo estadounidense) quedó superada en la era electrónica y colapsó a finales de la década de 1980, entrando desde entonces en coma sus dañados fragmentos. El proyecto de autarquía nacional supervisada por la burocracia concluyó en una bancarrota moral y financiera.

El colapso de la Unión Soviética eliminó las últimas trabas de la geopolítica posterior a 1945 y puso a punto el despegue de la nueva «gran transformación». La globalización significa para la mayor parte del planeta un significativo desacoplamiento entre la extracción de beneficios y las cargas de la estatalidad. Los inversores de las grandes corporaciones disfrutan ahora de la posibilidad de optar entre casi doscientos Estados nacionales que compiten para atraerlos. Los gobiernos actuales, especialmente en los países no occidentales, tienen que asumir los costes de modernizar las infraestructuras, adiestrar a la fuerza de trabajo, proporcionar redes de seguridad social, garantizar los activos en manos extranjeras y ofrecer seguridad para los operadores en mercados extraterritoriales. A los alumnos prometedores se les ofrecen tutorías y remuneraciones desde agencias de control global como el Banco Mundial, además de los esfuerzos del cúmulo de ONG herederas de las nobles y candidas causas de los misioneros. A los desobedientes y perezosos se los castiga con la marginación y el hambre. Se trata de un régimen que ya no requiere una administración imperial formal. Los propios Estados nacionales siguen siendo estructuras de sostén esenciales del sistema-mundo, pero el equilibrio de poder entre Estados y mercados ha cambiado. Entre otras consecuencias cruciales, eso significa que la guerra se ha convertido en una vía de expansión dudosa frente a las recompensas regularmente distribuidas por el Estado hegemónico estadounidense, y que la idea tradicional de revolución como conquista violenta de los aparatos del Estado por movimientos de masas ha quedado desfasada, en la medida en que los mercados escapan obviamente al alcance de los gobiernos nacionales, especialmente de los más débiles del mundo no occidental.

El régimen de globalización de los mercados se mantendrá mientras se cumplan tres condiciones: que prosiga la expansión económica de los últimos tiempos; que Estados Unidos mantenga su hegemonía ideológica, diplomática y militar; y que los desórdenes sociales provocados por la expansión de las operaciones de mercado no desborden los controles establecidos mediante métodos de redistribución o policíacos. *Rebus sic stantibus*, probablemente se puede conceder a la forma actual de globalización otros diez años aproximadamente. Pero hay un país al que el nuevo orden plantea, más que a ningún otro en el mundo, problemas

fundamentales de identidad histórica. El Estado ruso afronta hoy día dilemas quizá más serios que nunca, no sólo por su abrupta disminución de tamaño, sino porque sus principales activos y orientaciones tradicionales se han visto drásticamente devaluados. El capitalismo en su forma globalizada es antitético a los imperios burocrático-mercantilistas especializados en maximizar el poderío militar y el peso geopolítico, objetivos en los que se empeñaron durante siglos los gobernantes rusos y soviéticos.

Implosión desde dentro

La Unión Soviética no fue derrotada desde fuera; Occidente se vio sorprendido, limitándose a contemplar el espectáculo. Tampoco sufrió una demolición desde arriba o desde abajo, sino una implosión desde el centro, fragmentándose a lo largo de las líneas institucionales de distintas camarillas burocráticas. El colapso se produjo cuando los jefes intermedios se sintieron amenazados por las vacilaciones de Gorbachov en la cúpula del sistema y presionados perentoriamente por sus subordinados. Las erupciones de 1989 en la Europa del Este aportaron el empujón final. En el proceso de desintegración fueron los *apparatchiks* particularmente cínicos de la ya descompuesta Liga de Juventudes Comunistas los que llevaron la iniciativa, seguidos por los gobernadores de las repúblicas nacionales y de las provincias rusas, los burócratas de alto rango de los ministerios económicos, hasta llegar a los jefes de sección y a los gestores de los supermercados. Como en muchos imperios declinantes del pasado, los sirvientes más humildes, envalentonados por la incapacidad de los emperadores y asustados por el caos que se iba imponiendo, se apresuraron a hacerse con los activos que tenían más a mano. Mezclados con ellos estaban los intrusos más ágiles, que iban desde los presuntos *yuppies* a los que Ivan Szelenyi ha caracterizado irónicamente como una «*intelligentsia* compradora»⁸ hasta antiguas figuras del mercado negro y gánsters declarados. Los elementos más afortunados de esa abigarrada *galère* se iban a convertir en los célebres magnates de la era poscomunista.

En su mayor parte, la privatización depredadora *–prikhvatizatsia–* se detuvo ahí. Al faltarle su pilar central, la vieja pirámide del poder soviético se deslavazó y se vino abajo. La antigua *nomenklatura* intentó reivindicar derechos de propiedad *de iure* o *de facto* sobre los activos públicos, pero en ausencia de instituciones estatales efectivas sólo lo logró a medias. Con bastante racionalidad, si bien a menudo con terribles costes, algunos trataron de liquidar los activos fijos y de transferir el botín a puertos más seguros en el extranjero, lo que provocó gran parte de la violencia criminal y de los escándalos de corrupción en la década de 1990. Muchos otros gestores, que carecían de activos exportables o de alterna-

⁸ Véase al respecto, Gil EYAL, Iván SZELENYI, Eleanor TOWNSLEY «La teoría del gerencialismo poscomunista», NLR 9 (julio-agosto, 2001). [N. del T.]

tivas viables, reanudaron las prácticas de la era soviética con mínimas adaptaciones *ad hoc* a la decadencia generalizada, desplazando su lealtad hacia los gobernadores provinciales que tenían que atender de una forma u otra al abastecimiento de las industrias locales si querían evitar el total hundimiento socioeconómico en los territorios bajo su mando. La respuesta generalizada fue la disgregación de la economía monetaria, algo imprevisto por los textos neoclásicos. Se hicieron frecuentes los trueques entre empresas y otros sustitutos monetarios a lo largo de las redes regionales de dependencia mutua entre las elites, lo que alentó la corrupción ya que esas transacciones suelen requerir patrones políticos, bancos dudosos o descarada protección mafiosa. Entretanto, la gran masa de la población postsoviética, enjaulada en un entorno industrial en decadencia, luchaba por mantener la modesta rutina vital, haciendo el mejor uso que podía de su ingenio y resistencia: yendo a trabajar, enviando a sus hijos a la escuela, saliendo de vacaciones y procurando complementar los precarios ingresos familiares con la agricultura de huertecillo y el pequeño comercio. A pie de calle, la Rusia de Yeltsin se parecía mucho a la Unión Soviética de Breznev, sólo que más pequeña, más pobre, más caótica y desunida. La mayoría de las tendencias de la sociedad rusa de la década de 1990 se podían rastrear en la de 1970 o incluso antes. Al dejar de estar contenida en el marco soviético, a partir de 1991 simplemente salió a la luz. Michael Burawoy ha llamado a ese proceso «la involución industrial de Rusia».

La proeza de Yeltsin

Económicamente, la restauración del capitalismo en Rusia ha demostrado ser un asunto ruinoso y purulento, sazonado con crimen y corrupción y lastrado por el deterioro de los índices sociales. A lo largo de la última década el PNB se contrajo, los salarios se desplomaron y disminuyó la población. En 2000 un tercio de ésta vivía por debajo del umbral de pobreza definido oficialmente, y la desigualdad en los ingresos se había triplicado⁹. Al frente de ese escenario tan desalentador se encontraba un producto aberrante del ala siberiana del viejo PCUS. Como gobernante de la Rusia postsoviética, Yeltsin tenía una capacidad real, por limitada que fuera: maestro en las intrigas cortesanas y en la manipulación de sus subordinados, podía exhibir sus dotes de briosa improvisación y de voluntad absoluta cuando la ocasión lo requiriera. En otras circunstancias eso no habría compensado sus obvias deficiencias como líder: su codicia e incompetencia brutales, su chocarrería de alcohólico, sus largos períodos de inercia... En el sentido ordinario era bien poco lo que funcionaba adecuadamente con él. Tras enrolar y despedir a Gaidar como campeón de la «terapia de choque», pronto entró en disputas con el primer parla-

⁹ Para los últimos datos, véase *Country Profile–Russia 2001* (Economist Intelligence Unit), pp. 30 ss.

mento electo del país. Disolviéndolo por la fuerza de los tanques, impuso una constitución autocrática con un referéndum fraudulento, tras de lo cual desencadenó una desastrosa guerra en Chechenia. En el punto más bajo de su popularidad, estaba preparando un golpe militar para perpetuarse en el poder cuando fue rescatado por la oligarquía financiera, que contrató a asesores de campaña estadounidenses para conseguir su reelección. El principal acontecimiento de su segundo mandato fue un colapso financiero que obligó a la suspensión de pagos de la deuda externa y a una espectacular devaluación del rublo.

Así y todo, el período de gobierno de Yeltsin fue un éxito impresionante en lo fundamental. En Rusia, la transición a una economía de mercado estándar habría sido en cualquier caso un proceso caótico y prolongado; pero su condición básica era un sistema político irreversiblemente comprometido con el capitalismo, y esto es lo que Yeltsin sí había logrado establecer cuando acababa su reinado. Pudo hacerlo, pese a la baja estima en que le tenía la mayoría de los rusos, porque contaba con el apoyo de las tres fuerzas decisivas del período: Occidente, los oligarcas y la *intelligentsia*. El primero de los tres era con mucho el más importante. Los gobernantes europeos y estadounidenses no se hacían ilusiones al respecto del personaje; en palabras de un importante consejero político de la época, «la única ventaja evidente de Yeltsin es que era anticomunista». Pero eso era todo. Sin que importara lo erróneo, sórdido o ilegal de sus acciones, la Administración Clinton extendió su pródigo apoyo como garante de las reformas. Dado que la solvencia del Estado ruso dependía por completo de los créditos occidentales, se le dieron instrucciones al FMI para que ignorara sus reglas habituales y se financió a la «Familia» hasta el final. Todos los potenciales opositores a Yeltsin eran conscientes del veto que Occidente había impuesto sobre el asalto al Kremlin, y ninguno de ellos intentó seriamente realizarlo. En cuanto al puñado de oligarcas financieros que se repartió todo lo que era realmente lucrativo en la economía, debía sus miles de millones a la complicidad de Yeltsin, y era por lo tanto comprensible que lo apoyaran hiciera lo que hiciera.

Sin embargo, por muy bienvenido que fuera el respaldo de Strobe Talbott y Boris Berezovsky, el régimen también precisaba una pizca de apoyo social en el país, que halló sobre todo en las filas de la antigua *intelligentsia*, cuyos elementos más jóvenes y mejor colocados estimaron que por fin podían transformarse en una clase media profesional: occidentalizada, con buenos sueldos y socialmente autónoma. Los puntos de vista de esa capa social eran naturalmente liberales, obligada como estaba a defenderse frente a la arbitrariedad de una burocracia de Estado egoísta, a la que ya conocía sobradamente. Pero el liberalismo de esa ambiciosa clase media era occidentalizante en un sentido mucho más serio que el de sus predecesoras del siglo XIX, ya que Occidente no sólo era fuente de su imagen de la buena vida, sino también de su reconocimiento político y cultural. La población rusa menos educada no importaba tanto, sirviendo a lo más como depósito potencial de reclutamiento para una nueva

elite de rusos «europeos normales» (*po-evropeiski normalnye*). Todo esto reproducía una situación semiperiférica bastante típica: una ambiciosa clase media de profesionales y pequeños propietarios al estilo occidental asume el papel de la burguesía tradicional al faltar esa clase capaz de limitar conscientemente, y finalmente democratizar, el poder autocrático.

En Rusia esta capa estaba ligada al Kremlin y su bandera tricolor neozarista por un doble lazo. Yeltsin, aunque había sido miembro del Politburó y no precisamente un intelectual, y desde luego no un liberal, se había alzado al poder, tras haber sido expulsado del liderazgo burocrático comunista, mediante su alianza con un bloque de reformistas ardientemente liberales dirigido por la *intelligentsia*. Había dirigido la resistencia contra el *putsch* militar de agosto de 1991 y había puesto fuera de la ley al PCUS. Pero por encima de esa deuda histórica, la legitimación y los recursos de Yeltsin —una vez que se hizo con el poder— venían sobre todo de Occidente, el punto de referencia fundamental para la *intelligentsia* por sus propias razones. Así, pues, por dudosos que parecieran sus planes, los intelectuales se sentían vinculados a él. Aun así, con el tiempo comenzaron a aparecer grietas entre ellos. De un lado estaban los que habían hallado puestos y beneficios en el propio régimen como consejeros presidenciales o de los magnates de los medios de comunicación, altos ejecutivos, etc. —entremezclándose con los *nouveaux riches* o «nuevos rusos» *tout court*—, mientras que otros, desgarrados por su lealtad a los antiguos ideales, se iban tornando cada vez más críticos. Los puntos de vista de estos últimos encontraron como medio de expresión el complejo *NTV-Itogi-Segodnya-Ekho Moskvy*, un proyecto ideológico cuyo momento de gloria llegó con la guerra de Chechenia en 1993, a la que se opusieron firmemente. En la medida en que la única alternativa era el retrógrado neocomunismo de Ziuganov siguieron en la órbita de Yeltsin, pero cuando llegó a su fin el segundo mandato de éste respiraron por fin aliviados ante la perspectiva de su relevo.

El anti-Gorbachov

Ése era el contexto en el que las intrigas de palacio de Yeltsin de agosto a diciembre de 1999 —primero nombrando primer ministro a Putin, dimitiendo a continuación para convertirlo automáticamente en presidente— sorprendieron a los competidores políticos que maniobraban para sucederle en las elecciones de la primavera de 2000. El plan fue probablemente diseñado por los bien pagados esbirros del Kremlin (o «tecnólogos políticos» como prefieren llamarse a sí mismos los miembros de esa nueva camada de mercenarios intelectuales), en primera instancia para proteger a la «Familia» —Yeltsin y sus hijas, chambelanes como Chubais y los principales oligarcas— frente al riesgo de cualquier acción legal futura. El primer acto de Putin en cuanto entró en funciones fue, en efecto, garantizar a su patrón inmunidad frente a los tribunales. Aparentemente, la elección por el presidente de su sucesor recordaba la añaña práctica mexicana del

*dedazo*¹⁰, pero los procedimientos del PRI dependían de una estabilidad institucional que aquí no existía, por lo que parecía increíble que fuera a funcionar tan bien.

Los oportunos atentados con bombas en Moscú y las escaramuzas en Daguestán lo cambiaron todo. Al cabo de un mes como primer ministro, Putin emprendía en Chechenia una segunda guerra en toda la línea para poner fin a esos ultrajes. La campaña –bombarderos pesados, tanques y artillería, regimientos en masa– había sido larga y meticulosamente preparada. En los momentos en que Yeltsin le cedía la presidencia, Putin proclamaba haber aplastado una secesión terrorista que amenazaba la vida de la gente corriente y la integridad del país. Sus expectativas de voto subieron como la espuma en cuestión de semanas, desde la nada, o casi, hasta una mayoría abrumadora. Los previstos contendientes por la herencia de Yeltsin tuvieron que subirse al carro que amenazaba con aplastarlos. En la primavera de 2000 Putin fue elegido presidente con un margen que excedía con mucho los porcentajes alcanzados por su predecesor.

En cuanto a su estilo, el coronel de la KGB proyectado repentinamente a la jefatura del Estado exhibe la imagen de un anti-Gorbachov paradigmático. Los rusos tienen ahora un líder que habla poco, exuda desenvoltura varonil y severidad profesional, desdeña a los periodistas y la charlatanería parlamentaria, alaba el complejo militar-industrial, utiliza la fuerza sin restricciones contra los separatistas étnicos y exige disciplina nacional. Pero en el fondo lo que más llama la atención es el contraste con Yeltsin. De hecho, políticamente la fórmula del poder de Putin es en cierto sentido la opuesta a la de éste. Occidente, una vez que se aseguró de que la continuidad de la restauración no estaba en peligro, se distanció relativamente del nuevo presidente por las razones ya mencionadas: los europeos pensando en las matanzas en Chechenia, y los estadounidenses dando la espalda a las operaciones de rescate del FMI y a los ritos del multilateralismo. Gran parte de la *intelligentsia*, aunque considerablemente más callada sobre la segunda guerra contra los chechenos que sobre la primera, no podía superar su desconfianza hacia un funcionario de la policía secreta que nunca había roto con el código corporativo soviético. Los oligarcas, acostumbrados a hacer poco más o menos cuanto les venía en gana con Yeltsin, se sentían menos cómodos con un gobernante que no parecía sentir escrúpulos de conciencia en recurrir a amenazas o detenciones para someterlos a su mandato.

Pero frente a la relativa desinversión política por ese lado, Putin cuenta con una base popular más amplia, un control más firme de los aparatos institucionales y un mejor clima económico que los que Yeltsin haya disfrutado nunca. La Duma, que había sido una constante espina en tiempos de éste, es ahora una asamblea domada, con una dulce mayoría presi-

¹⁰ En castellano en el original. [N. del T.]

dencial formada por burócratas subordinados velozmente reclutados durante la triunfal marcha de Putin hacia las urnas. Los gobernadores provinciales, muchos de los cuales se habían convertido prácticamente en potentados locales autónomos en el período anterior, se han visto sometidos a la fiscalización de un conjunto de «plenipotenciarios» del centro. Las emisoras independientes han sido hostigadas o neutralizadas, el Kremlin ha tomado el control de lo que una vez fuera el imperio de Gusinsky y ha utilizado a los medios de comunicación cada vez más venales para desacreditar o silenciar a la potenciales opositores. Esa recentralización en marcha del Estado ruso se ha visto facilitada por la bonanza económica de los últimos dos años, la depreciación del rublo a la quinta parte de su valor desde la quiebra de 1998 y el continuo aumento de los precios del petróleo. En 2000, por primera vez desde el colapso de la Unión Soviética, el presupuesto no mostraba números rojos, había un superávit en la balanza comercial y se registraba un crecimiento económico del 8 por 100. Se trata todavía de una recuperación frágil, pero suficiente para que la noten todas las capas sociales.

Los rusos corrientes se sienten por eso contentos con su nuevo presidente, sobrio y diligente. No se trata de un apoyo entusiasta, pero se aprecia el contraste con otros políticos de la escena rusa que aparecen como charlatanes presuntuosos o manipuladores corruptos, por lo que no constituyen una alternativa creíble. La mayoría silenciosa rusa está formada sobre todo por individuos aislados de mediana edad, filisteos humillados y acobardados que procuran tan decentemente como pueden que el dinero les llegue a fin de mes. Han vivido veinte años de esperanzas traicionadas: el crepúsculo del breznevismo, la ilusoria excitación de la *perestroika*, la corrupción y el cinismo de los años de Yeltsin. Están profundamente cansados y se muestran reticentes a cualquier tipo de movilización pública. La *intelligentsia*, que en otras ocasiones sirvió como catalizador de una vida pública activa, tampoco se halla en mucho mejor estado; en la última década muchos de sus miembros se desmoralizaron y se ha hundido como fuerza social por la drástica reducción de sus ingresos en trabajos prácticamente no remunerados (un profesor universitario en Moscú gana 80 dólares al mes), por la corrosiva venalidad de la cultura y los negocios en la nueva era, y quizá sobre todo por la pérdida de independencia moral, al convertirse tantos proyectos para hacer de Rusia una sociedad «normal», próspera y democrática en una vergonzosa parodia y traición de la identidad nacional. Las últimas encuestas muestran que ninguno de los partidos oficialmente establecidos cuenta con el apoyo de las generaciones más jóvenes.

La estabilidad y Chechenia

Ésas son las circunstancias en las que Putin, contando con el apoyo de dos tercios de la población, ha podido también ponerse al frente de una constelación tan abigarrada como la que forman Alexander Solzhenitsyn,

Mijail Gorbachov, Yegor Gaidar, Roy Medvedev y Tatiana Tolstaya, aunque en realidad pocas de sus actuaciones hayan justificado unas expectativas tan altas. Están en marcha la reforma de la tributación a las empresas, una desregulación económica limitada y las primeras etapas de la privatización de la tierra. Por otra parte, la reforma militar se ha atascado por el momento debido a la falta de fondos y a la incapacidad de los jefazos militares para ponerse de acuerdo en sus intereses a largo plazo. Internacionalmente, el hundimiento del Kursk, la inanidad del papel de Rusia en los Balcanes y la negativa del gobierno alemán a cancelar la deuda soviética fueron los principales rasgos del primer año de presidencia de Putin. Ese magro balance, sin embargo, no representa un grave inconveniente cuando la promesa más importante que el gobierno le hace al pueblo es la de darle estabilidad. Ése es el lema de Putin, y la clave para entender la amplitud de su aceptación popular.

La estabilidad, no obstante, siempre es una cuestión relativa. Para la mayoría de los rusos el gobierno de Putin, comparado con el de Yeltsin, puede por el momento parecer sereno y metódico. Pero en ese fruto hay un gusano: dos años después de que sus tanques volvieran a hollar las calles de Grozny, el Ejército ruso está más atrapado que nunca en el cenagal de Chechenia¹¹. La multiplicación de las matanzas y crueldades no ha hecho más que endurecer la resistencia de la guerrilla contra Moscú. El número de víctimas entre sus soldados de reemplazo se está aproximando a los niveles de 1996, cuando hubo que sacarlo de allí. Lo más que puede esperar Putin es probablemente un bloqueo permanente de las montañas, donde la resistencia es imbatible, y la dispersión de la población del llano en una segunda diáspora interna. Pero la diáspora también alimenta el nacionalismo, a menos que se soborne continuamente a sus líderes. Para evitar el fracaso que le amenaza en Chechenia, Moscú tendría que reemplazar la cruda represión por parte de su abultado pero desmoralizado ejército por tácticas imperiales más sofisticadas de dominio indirecto. Históricamente, sin embargo, la burocracia rusa –tanto bajo los zares como con Stalin, Yeltsin o Putin– ha tratado invariablemente de dominar esa sociedad tribal fronteriza mediante la coerción pura y dura. Actualmente, tras una década de violencia alevosa, es improbable que se pueda desactivar fácilmente el odio checheno hacia Moscú.

Habiendo cabalgado hacia el poder sobre lo que se proclamaba como una victoria en Chechenia, Putin es vulnerable si la situación vira hacia un sangriento estancamiento o hacia la derrota. Si hasta ahora los rusos corrientes lo han seguido, los afanes de éstos no coinciden con los propósitos imperiales o el revanchismo nacional. Apoyarán la guerra en Chechenia mientras los soldados que allí mueren no sean sus hijos, sino sólo jóvenes a la deriva procedentes de los suburbios proletarios e incapaces de escapar a las levas por falta de dinero o de la mínima habilidad

¹¹ Véase mi «Che Guevaras in Turbans», NLR I, 237 (Sept-Oct 1999), pp. 3-27.

profesional. Las experiencias de Vietnam y Afganistán muestran lo poco que se puede confiar en ese apoyo inicial. La *intelligentsia* es aún menos fiable. Los liberales rusos, en la medida en que se identifican ante todo con Occidente, se encuentran culturalmente apartados del resto de la población. No pueden formar parte de un bloque político unido por sentimientos nacionalistas y al mismo tiempo contar con una expectativa razonable de ser aceptados en Europa, como lo han sido las *intelligentsias* postsocialistas más afortunadas de Polonia, Hungría o los Estados bálticos. Los intelectuales rusos, social y geográficamente aislados en Moscú, San Petersburgo y algunas otras ciudades, se sienten culpables de su semicomplacencia con la carnicería en Chechenia, y es probable que se produzca su desbandada antes que la de cualquier otro grupo. Este verano parecía como si Putin se viera obligado a buscar algo con lo que distraer la atención de una guerra que no puede ganar ni abandonar.

Operación Libertad Duradera

Ésta era la situación en la que los aviones del 11 de septiembre parecieron como maná caído del cielo. Chechenia se convirtió así providencialmente en uno de los frentes de la guerra emprendida por toda la comunidad internacional contra el terrorismo. Occidente, que todavía hablaba con la boca pequeña de la necesidad de un acuerdo pacífico, silenció todas sus críticas hacia el esfuerzo bélico ruso. La *intelligentsia*, siguiendo su ejemplo, se unió a la causa de la civilización contra el fundamentalismo bárbaro. El Kremlin, dejando a un lado sus viejos prejuicios, saludó la llegada de la máquina de guerra estadounidense a su patio trasero de Asia central. Se pasaba así una página de la historia de la diplomacia.

La operación «Libertad Duradera» plantea más agudamente que ningún otro acontecimiento desde el colapso de la URSS la cuestión del futuro de Rusia en el mundo del capitalismo globalizado. En dos ocasiones anteriores se recobró, tras violentas sacudidas, como un imperio territorial aún mayor. Pero esta vez la caída ha sido más drástica que en el siglo XVII o a comienzos del XX, y ya no cabe retroceder a métodos antiguos. Históricamente, se ha visto privada del pilar que sostenía su patrón tradicional de recuperación estratégica. Actualmente, otro intento de reorganización estatista para restaurar la preeminencia geopolítica de Rusia sería un anacronismo. Con el fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética, Rusia se halla en su nadir histórico: su demente martilleo del diminuto enclave checheno –unos pocos kilómetros cuadrados y unos pocos cientos de miles de nativos–, sólo se puede entender como una compensación patética e inconsciente de las enormes pérdidas que ha sufrido en suelo eslavo, donde la amputación de Ucrania y Bielorrusia ha reducido a Moscú a un perímetro más pequeño que en los días de Boris Godunov; un trauma tan profundo que el Estado todavía actúa como si aún sintiera el tirón de esos miembros. La terrible disminución sufrida no es sólo de tamaño, sino también demográfica. Diez siglos de incremento

continuo de la población se han revertido ahora, cuando Rusia posee menos habitantes que Pakistán. Entre los activos clásicos de un Estado importante, sólo cuenta con un arsenal nuclear que se va oxidando, inútil para las operaciones externas a su alcance, es decir, pequeñas incursiones o bravatas en el Cáucaso o en Turkestán. Ahora ha renunciado incluso a la pretensión de monopolizar la interferencia en esas regiones.

La razón para esa novedosa modestia no es difícil de deducir: el Estado postsoviético se ve severamente limitado por una drástica pérdida de autonomía financiera. La deuda externa convierte a Moscú en rehén de Occidente en un grado históricamente sin precedentes, ni siquiera cuando el zarismo en decadencia se vio obligado a aliarse con sus acreedores internacionales, renunciando a su rivalidad geopolítica con el Imperio británico y Francia en el período previo a 1914. Un siglo después, la dependencia económica de Rusia va mucho más allá de la debilidad general de los países periféricos frente a las firmas y mercados globales. Con la cuarta parte de su presupuesto absorbido por el pago de la deuda, el margen de maniobra de Moscú es extraordinariamente escaso. El apogeo de la influencia estadounidense sobre el sistema político interno, que se alcanzó en tiempos de Yeltsin, ha quedado atrás, junto con los créditos de emergencia del FMI que la sustentaban. Pero el régimen todavía está sujeto por una tensa trailla externa. Occidente, como es natural, tiene que mantener las apariencias diplomáticas, tratando al ocupante del Kremlin con el apropiado respeto simulado, poniendo de manifiesto ocasionalmente sus recelos acerca de la conducta de las autoridades, etc., como mejor forma de conservar una aparente independencia que ha perdido gran parte de su sustancia¹². La realidad subyacente se puede constatar en la incapacidad absoluta de Moscú para evita la extensión de la OTAN hasta sus fronteras (olvidando las promesas de Bush padre), para hacer algo que no fuera, en definitiva, aceptar la voluntad de Washington en la guerra de los Balcanes, o para plantear algo más que una oposición simbólica al archivo del Tratado ABM. Al abrir el espacio aéreo ruso a los bombarderos estadounidenses y las bases uzbekas a sus tropas, Putin ha decidido convertir en virtud cooperadora lo que hasta ahora no era sino necesidad reticente.

¹² Los rusos no se han olvidado de esta realidad. Constituye un signo de que se avecinan tiempos autoritarios el hecho de que la afamada contracultura de las bromas políticas haya reaparecido en la Rusia de Putin. El pasado mes de diciembre, cuando el tono del viejo anagrama soviético fue restaurado (Sergei Mikhlaikov, el poeta laureado por Stalin, en realidad estaba todavía vivo para corregir –muy ligeramente– su texto primitivo), una broma espléndidamente compleja apareció en la red. El presidente Putin recibe una llama telefónica de un alto ejecutivo de Coca-Cola, que le propone que se restaure el uso de la bandera roja de la URSS, sustituyendo únicamente la hoz y el martillo por el logo «Siempre Coca-Cola», a cambio de un canon que permitiría al gobierno ruso pagar de nuevo las pensiones. *Ein Moment!*, replica el presidente en su excelente alemán, aprieta el botón de conmutación de llamadas en su teléfono y llama a su primer ministro por la otra línea: «Kasyanov, nos acaban de hacer una excelente oferta. Dime, ¿cuándo expira el actual acuerdo promocional de utilización de nuestra bandera firmado con Aquafresh?».

Pero si se le cierra la opción imperial, ¿qué perspectiva le queda al capitalismo moderno en Rusia? No cabe duda de que van surgiendo poco a poco algunas de las condiciones para que se den patrones de acumulación más normales, y ése es uno de los significados de la «nueva estabilidad». Pero la mayoría de las empresas rusas son superfluas en el mercado mundial y siguen dependiendo de elevados niveles de protección doméstica. La fuerza de trabajo rusa, aunque barata comparada con la occidental, es más cara y más indisciplinada que los depósitos enormes y fácilmente accesibles del Tercer Mundo. El país es actualmente atractivo para las corporaciones occidentales, tan sólo como plataforma exportadora de materias primas y como concentración potencial de consumidores. La producción industrial cayó a la mitad en la pasada década. Rusia se ha convertido otra vez en un típico productor periférico de materias primas, con poca capacidad de fabricación competitiva y niveles de servicios muy primitivos. Sus principales exportaciones actuales son: petróleo a Alemania, gas a Italia, prostitutas a Turquía y capital a Chipre. Si se mantuviera ese modelo, el régimen de Putin podría llegar a parecerse al de alguno de los mayores países latinoamericanos de antaño: un hombre fuerte con una fachada electoral, operando bajo una jurisdicción informal estadounidense, negociando con los caciques locales niveles muy bajos de impuestos internos, pero extrayendo la suficiente riqueza mineral como para mantener a raya a los titulares extranjeros de bonos y con los cofres del aparato coercitivo central repletos. En resumen, una especie de porfiriato, sin su espíritu de desarrollo, pero también sin su amenazante aunque difuso descontento popular.

Sin embargo, el código genético de los Estados imperiales no se modifica tan fácilmente. Los reflejos condicionados adquiridos durante siglos están profundamente insertos en una burocracia rusa que, por increíble que parezca, se amplió durante el mandato de Yeltsin. Con el incremento de la globalización, el suministro de protección militar se podría convertir en un artículo comercializable, como ya lo fue a comienzos del mundo moderno. Los ejércitos rusos siempre han estado formados por soldados conscriptos, pero hoy día se habla de crear un ejército profesional. Si eso llegara a materializarse podría quizá contar con un promotor futuro mercenario, mientras que el Estado asumiría, cobrando determinadas tarifas, los riesgos y brutalidades de imponer la estabilidad en algunos de los rincones más asquerosos del mundo. Ese devenir sería realmente muy ruso, pareciéndose a Turquía o México al principio, pero aplicando luego la coerción con diferentes propósitos. Si Putin resulta ser un gobernante siquiera moderadamente exitoso, el resultado probable de los próximos diez años será una Rusia proteccionista, semiautoritaria, inelectablemente corrupta, pero en cierto modo menos hundida, capaz de vigilar los restos de su inestable ex imperio. Occidente tiene motivos para ayudar a mantener controlada esa parte del mundo; naturalmente, sea lo que sea lo que perdure a uno u otro lado del Oxus, es muy poco probable que se trate de la libertad.